

LA REALIDAD VIVIENTE HUMANA

(Introducción al Pensamiento de Ortega y Gasset)

ENRIQUE MUNITA R.

1.— LA VIDA HUMANA.

Intentamos situar el punto de partida en **Ortega**. Ello es importante para una correcta interpretación de un pensamiento, en tanto ese punto originario opera una apertura de sentido y pone en movimiento una línea de pensamiento. Situar bien dicho punto de partida facilita —pero no garantiza— la tarea.

Diversos pensadores en nuestro tiempo han pretendido partir del **cogito** cartesiano. Así **Husserl** y, curiosamente, **Sartre** (1). Sin embargo, se puede comprobar en ambos una interpretación tan modificada del **cogito**, que es difícil sostener dicha interpretación.

Ortega, con gran fidelidad a su intuición originaria, ha rehuido esta pretensión y, es más, la ha rechazado directamente:

- (1) Por ejemplo **Husserl**, al describir los actos de conciencia en sentido amplio, nos dice:

"Todos ellos, contando los simples actos del yo en que tengo conciencia del mundo al volvernos espontáneamente hacia él y aprehenderlo como algo que está **inmediatamente** ahí delante, están comprendidos en la sola palabra cartesiana **cogito**. En el natural dejarse vivir, vivo constantemente en esta **forma fundamental** de toda vida "actual", enuncie o no el **cogito**, diríjame o no "reflexivamente" al yo y al **cogitare**. Si lo hago, entra en la vida un nuevo **cogito**, que por su parte no es reflejado, o sea, no es para mí un objeto" (Ideas...).

"Como punto de partida tomamos la conciencia en un sentido plenario, que se ofrece inmediatamente y que designamos de la manera más sencilla, por medio del **cogito** cartesiano, del "yo pienso" (Ideas..., 1913).

J. P. Sartre afirma, a su vez, lo siguiente:

"Nuestro punto de partida, en efecto, es la subjetividad del individuo, y esto por razones estrictamente filosóficas"...

"En el punto de partida no puede haber otra verdad que ésta: pienso, luego soy; esta es la verdad absoluta de la conciencia captándose a sí misma".

(El existencialismo es un humanismo. 1945).

"En vez de despegar de la conciencia, como se ha hecho desde **Descartes**, nos hacemos firmes en la realidad radical que es para cada cual su vida" (2).

En este texto tenemos, pues, a la par, el rechazo de la tradición, y la formulación de lo que nos interesaba.

Ahora bien, este acontecimiento —vida de cada cual— nos lo matiza con el carácter de **realidad radical**. ¿Qué sentido tendrá el expresar la conveniencia de decir de la vida que es, entre todas las realidades, la realidad radical? El siguiente: "de que a ella tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella" (3). Por ello es, pues, conveniente: sentamos el hecho y, por así decirlo, el **caos** de realidades, se centra y filia, se **enraíza**. Conviene no entender mal esta realidad, ella en el filósofo español, no consiste en que la **vida** sea la "única" realidad, ni siquiera sea "algo absoluto", significa:

"Simplemente que en el acontecimiento **vida** le es dado a cada cual, como presencia, anuncio o síntoma, toda otra realidad, incluso la que pretenda trascenderla. Es, pues, la raíz de toda otra realidad, y sólo por esto es radical" (4).

Para entender los problemas tradicionales de la filosofía en su raíz, debemos plantearlos referidos a la realidad radical de la que surgen, bajo pena de mantenernos en niveles secundarios y derivados.

Así puede nuestro pensador decirle a **Descartes**: "Usted se ha puesto a pensar **porque** antes existía". Pero esta indicación va encaminada, más bien, al hecho de que no se piensa "sin más ni más", sino que debe, a uno, **primero** "pasarle" algo para **luego** encontrarse en esta "extraña" **faena** que es el pensamiento; extraña, que no "natural" como decía **Aristóteles**. En esta faena acontece "la verdad". Una adecuada (radical) comprensión de esta última nos obliga a recorrer (aunque someramente) el camino que recomienda **Ortega** y rehacer parte de la ruta del maestro. Nuestro punto de partida es, pues, el hombre: la **realidad viviente humana**.

(2) Obras completas.
VIII, 274.

El problema de las relaciones entre **Ortega** y la tradición filosófica está por abordarse y en él hay que ir con mucho tiento.

(3) O.C. VI, 13.

(4) O.C. VIII, 274.

2.—LA VIDA COMO QUEHACER.

Varias indicaciones tenemos, gracias a los textos citados, respecto de esta realidad. Desde luego su carácter radical que hemos visto. (En ellas "radicalismo" viene de "raíz" —que es una metáfora como cualquier otra—, lo que, naturalmente, no invalida su uso filosófico (5). La censura del uso de metáforas como instrumento metodológico en filosofía, evoca las estrechas querellas del siglo XIX, en las que la estrechez conceptual corre a parejas con la pobreza lingüística).

Situar el punto de partida —realidad radical— implica una adecuada descripción del fenómeno. La realidad humana no es, desde ya, una cualquiera, sino una realidad viviente: un ente vivo. Es conocida la caracterización de **Ortega** de la vida humana como **quehacer**.

"La nota más trivial, pero a la vez la más importante de la vida humana, es que el hombre no tiene otro remedio que estar haciendo algo para sostenerse en la existencia" (6).

- (5) "Entre paréntesis: "raíz" no es más ni menos metáfora que cualquier otro término. Toda lengua es metáfora, o dicho en mejor forma: toda lengua está en continuo proceso de metaforización. Fue un puro azar que no digamos normalmente "raíz" en vez de principio, causa, *arkché*, *aitía*, fundamento, razón. Hubo un tiempo en que las lenguas indo-europeas, para expresar la idea de Ser, emplearon el vocablo que significa "brotar, crecer la planta". Así en indoeuropeo había la raíz *bhu* en sánscrito, *abhut* (aoristo), y en griego *ephy*. De ello quedó en nuestro verbo *ser* el tema de perfecto: *fui fué*" (VIII, 284). Por ello la crítica del uso de metáforas no es propiamente filosófica: "Cuando un escritor censura el uso de metáforas en filosofía, revela simplemente su desconocimiento de lo que es filosofía y de lo que es metáfora. A ningún filósofo se le ocurriría emitir tal censura. La Metáfora es un instrumento mental imprescindible, es una forma del pensamiento científico" (II, 379). Más precisamente, "la metáfora es un procedimiento intelectual por cuyo medio conseguimos aprehender lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual. Con lo más próximo y lo que mejor dominamos podemos alcanzar contacto mental con lo remoto y más arisco. Es la metáfora un suplemento a nuestro brazo intelectual, y representa, en lógica, la caña de pescar o el fusil" (VI, 383). Y, más aún, frente a la "terminología", al término técnico, "la metáfora es el auténtico nombre de las cosas"... "El Término —en este sentido, no de concepto, sino de vocablo que lo designa—, el término técnico es una palabra cadáver, esterilizada, aseptizada, y que por lo mismo se ha convertido en ficha y ha dejado de ser viviente nombra, esto es, de ejecutar ella por sí esa operación y función que es "decir la cosa" y llamamos **nombrar**. El verdadero sentido de **nombre** es "lo que sirve para llamar a alguien". La palabra **llama** a la cosa que no está ahí, ante nosotros, y la cosa acude como un can, se nos hace más o menos presente, se dirige a nosotros, responde, se manifiesta. Por tanto, la noción de que el hombre **llama** a las cosas proviene del pensar "animista" primitivo en que toda cosa tiene alma, un centro íntimo, desde el cual oye, entiende la llamada, responde y viene. En el momento en que un nombre se convierte en término técnico, lejos de decirnos él la cosa, de traérsela y hacérsela visible, tenemos inversamente que buscar por otros medios la cosa que el término designa, verla bien y sólo entonces entendemos el término. Una terminología es todo lo contrario de una lengua" (VIII, 292). La **metáfora** se prolonga en una doctrina acerca de la **comparación** ("pinza para capturar toda fina verdad"). Ello deberá aparecer más adelante. La relación entre estas doctrinas, y el pensamiento del autor, resuelta a través de su mismo **genus dicendi**, puede seguirse en **Julián Marías**, "Ortega" (Vol. I) y en **Francisco Soler** "Hacia Ortega" (Vol. I).
- (6) O.C. VI, 13.

Si dejamos de lado —momentáneamente— la mención relativa a las relaciones entre lo trivial y lo importante, podemos subrayar el carácter del hacer-necesario: "no tiene otro remedio".

Sin pretender agotar este tema, que no es nuestra tarea, quizás podamos plantearlo de la siguiente manera: El hombre (tú - yo) se encuentra **de pronto** viviendo. El no ha solicitado este don: es algo que le acontece sin más. La vida le es dada. Ahora bien, lo dado aquí justamente no "agota" su ser, como en el caso del producto ante el artesano, sino que es más bien una dación de menesterosidad:

"La vida que nos es dada no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros, cada cual la suya" (7).

Lo dado es una necesidad: el hombre está obligado a ser su propio artesano. Pero esa obligación, esa necesidad, no se refiere a **un** quehacer determinado, sino precisamente a estar en ello. Mientras las cosas ahí delante se someten al curso inevitable de su estado, al hombre siempre se le presentan posibilidades que el quehacer suscita. Forzados a hacer, pues, pero no algo determinado: **libres**. Lo que implica el **contemplar** las posibilidades que lo solicitan, el sopesarlas **en vista a algo** y, naturalmente, el **decidir** ante ellas. Esto tiene consecuencias gnoseológicas y éticas. Nuestro afán será destacar las primeras y tal vez, en parte, referirnos a las segundas.

En todo caso, quede aquí planteado que, con lo ya entresacado de **Ortega**, se puede desplegar el tema que nos interesa, prácticamente en todos los sentidos que tendremos que ir viendo en estas notas.

Ahora bien, este "ir viendo" es un literal ir viendo como lo comprobaremos al precisar el fenómeno de la aprehensión y del pensar más adelante.

Pero para no anticipar, o mejor, para no saltar etapas, vamos con los pasos contados y sigamos el hilo conductor que al asumir la realidad radical ha comenzado a desenvolverse. El choque con nuestro objeto, en el que se nos ha manifestado, nos empuja a considerar los diversos lados de la cuestión.

3.— LAS "CREENCIAS".

La necesidad de decidir a que nos referíamos, implica que "esta decisión es imposible si el hombre no posee algunas convicciones sobre lo que son las cosas en su alrededor, los otros hombres, él mismo. Sólo en vista de ellas puede preferir una acción a otra, puede, en suma, vivir" (8).

(7) O.C. VI, 13

(8) O.C. VI, 13.

Hay un estrato desde el cual el hombre es **tal** hombre. Unas "convicciones" que "sostienen" la existencia o, si se quiere, en ellas **se está**. Naturalmente estas convicciones no son sin más, ideas, y nuestro análisis falla cuando pretende tratarlas como tales en un sentido tradicional. Es necesario que veamos claro en ello porque es decisivo para "el problema de la verdad" o, mejor, para que surja la verdad —y su "problema"— ante nosotros. **Ortega** tuvo, por ello, que elaborar pulcramente la doctrina de las "ideas y creencias". A ella nos referimos ahora, poniendo énfasis en estas últimas.

"Hay (...) ideas **con** que nos encontramos —por eso las llamo ocurrencias— e ideas **en** que nos encontramos, que parecen estar ahí ya antes de que nos ocupemos en pensar" (9).

El hombre **se encuentra** de pronto viviendo. Este no es un **encontrarse** "en el aire", sino que **desde algo** se aparece la vida (yo-realidad) como tal vida. Vista desde determinadas perspectivas en las que el hombre se encuentra y respecto de las cuales —naturalmente— no se hace cuestión. Se confunden con él mismo, por un lado, y por otro, es "la realidad" sin más. Lo obvio, lo evidente.

Pero ese no es el caso de las comúnmente llamadas ideas, y por eso conviene distinguir. Estas tienden a identificarse con los "pensamientos" que se nos ocurren, y pueden ser de todo tipo, pensamientos originales, recibidos, vulgares o científicos. Todos ellos, del más diverso grado de verdad, tienen algo en común:

"siempre se tratará de ocurrencias que en un hombre surgen, originales suyas o insufladas por el prójimo" (10).

Lo que viene a reforzar lo dicho en los párrafos anteriores, ya que

a) "esto implica evidentemente que el hombre estaba ya allí antes de que se le ocurriese o adoptase la idea. Esta brota, de uno u otro modo, dentro de una vida que preexistía en ella" (11).

Ahora bien, esta vida —este hombre que se encuentra de pronto viviendo— piensa esos pensamientos **desde** su personal perspectiva, desde el estrato básico pre-intelectual que lo sostiene. Por ello, el punto a), a su vez, implica

(9) O.C. V, 585.
(10) O.C. V, 383.
(11) O.C. V, 384.

- b) que "no hay vida humana que no esté desde luego constituida por ciertas creencias básicas y, por decirlo así, montada sobre ellas" (12).

Ortega llama en algún lugar a las creencias el "continente de nuestra vida" y en otro, nos dice que en ellas "vivimos, nos movemos y somos". Con lo primero quiere expresar el que ellas "dan pié" para la aparición de "contenidos particulares", adecuados al continente y con lo segundo, que el **quehacer** en que consiste nuestra vida, incluida la actividad intelectual, "depende de cual sea el sistema de nuestras creencias auténticas". Ellas actúan y están implicadas en todo nuestro quehacer: no nos las planteamos, no pensamos en ellas, no tenemos conciencia expresa de ellas, pero actuamos en función de ellas. Podemos, tratando de comprender por ejemplo a un pensador, ascender de sus dichos a sus supuestos, de sus ideas a sus creencias y con ello filiar su pensamiento y, tal vez, entenderlo mejor de lo que él se entendía a sí mismo. De esto hizo **Ortega** toda una metodología para la historia de la filosofía (13). (Digamos de paso, sin insistir en ello, que en esta actitud hay el "afán" de verdad: ver, apreciar a un pensador en lo que "verdaderamente" fue: ver al hombre **real** frente al **aparente**. Pero ya saldrá ello más adelante). Y por tanto será necesario enfrentarse también a ciertos pensamientos muy especiales dentro del **corpus** intelectual a los que el hombre ha llamado "principios". ¿Implicaría lo dicho antes un replanteamiento de estos llamados "principios"? (14).

Tendremos que examinar ese replanteamiento, en el lugar oportuno, muy cuidadosamente, ya que ello afecta la forma tradicional de la formulación del problema de la verdad. En re-

uæwns

(12) O.C. V, 384.

(13) Ello puede apreciarse en los siguientes pasajes: "Pero esta escala de niveles en la experiencia filosófica hay que representársela en dirección subterránea. Cada nuevo nivel es un estrato más hondo de los problemas filosóficos desde el cual se ven los antecedentes por debajo de ellos, en el secreto de sus raíces, que eran invisibles para las plantas mismas que en aquellos filosofaban. El hombre, como la planta viva, no ve nunca su propia raíz; pero sí la de los antepasados" (VIII, 270).

Y: "¿Se entrevé ya el enorme error cometido al querer aclarar la vida de hombre o una época por su ideario, esto es, por sus pensamientos especiales, en lugar de penetrar más hondo, hasta el estrato de sus creencias más o menos inexpressas, de las cosas con que contaba? Hacer esto, fijar el inventario de las cosas con que se cuenta, sería, de verdad, construir la historia, esclarecer la vida desde su subsuelo" (V, 387).

Por último: "Una filosofía es siempre dos: la expresa, constituida por lo que el filósofo "quiere" decir, y la latente; latente no sólo porque el filósofo se la calle, no nos la diga, sino porque tampoco se la dice a sí mismo, y no se la dice porque él mismo no la ve" (VIII, 285).

(14) Eso es evidente, pero justo, esa implicación va más lejos de lo que pueden sospechar los que todavía se preguntan por el "Sistema" de **Ortega**: los que comenzaron reprochándole el uso de metáforas, han devenido grandes "metaforistas" para referirse no ya sólo a la obra del pensador español sino también a su persona. Lástima que para hacerse de ellas recurran a los "bajos fondos" culturales e idiomáticos.

"Vivir es tener que habérmola con algo, con el mundo y consigo mismo. Más ese mundo y ese "sí mismo" con que el hombre se encuentra le aparecen ya bajo la especie de una interpretación de "ideas" sobre el mundo y sobre sí mismo" (15).

Este estrato básico nos sostiene, no se puede decir, sin más, que son ideas que tenemos, sino más bien ideas —que— somos. Y por ello pueden confundírsenos con la realidad misma. Por así decirlo son ideas solidificadas, ideas que han dejado de serlo, que **funcionan** de distinta manera en nuestra vida, a las que, por ello, conviene el nombre de creencias.

Las ideas propiamente tales, entonces, son las que surgen de pronto en nuestra vida, en nosotros originariamente o recibidas de otro;

"de las ideas-ocurrencias (dice Ortega) —y conste que incluyo en ellas las verdades más rigurosas de la ciencia— podemos decir que las producimos, las sostenemos, las discutimos, las propagamos, combatimos en su pro y hasta somos capaces de morir por ellas. Lo que no podemos es... vivir **de** ellas. Son obra nuestra y, por lo mismo, suponen ya nuestra vida, la cual se asienta en ideas-creencias que no producimos nosotros que, en general, ni siquiera nos formulamos y que, claro está, no discutimos ni propagamos ni sostenemos. Con las creencias no **hacemos** nada, sino que simplemente **estamos** en ella" (16).

No es casual, nos recuerda al pasar, de que el lenguaje popular haya inventado "certeramente" la expresión "estar en la creencia".

En cualquier acto, comportamiento nuestro, podemos distinguir los dos estratos, si nos lo proponemos, a saber, un estrato de lo que pensamos, decidimos, con conciencia "clara y actual", y otro, que, sencillamente, opera en nosotros, por el que **contamos** que las cosas sean de una determinada manera, por ejemplo, de que la tierra está ahí al dar el siguiente paso. Ello está siempre latente en todo acto nuestro, en nuestra "conciencia o pensamiento". A este de funcionar en nuestra vida las creencias lo llama nuestro pensador, simplemente, "contar con ello".

(Ortega se refiere a ciertos hechos básicos que están más allá de psicologías, no se trata aquí de los llamados "hábitos", "sub-

(15) O.C. V, 384.

(16) O.C. V, 384.

conciente" u otras hipótesis, que aunque las aceptemos, se mueven a distintos niveles, por lo que son "indiferentes" a estos efectos).

4.— SURGE LA "VERDAD".

¿Cómo se refleja esto en el llamado "problema" de la verdad? Primeramente: ¿cabe hablar, no ya del problema, sino de la verdad al nivel de las creencias? Respuesta del filósofo:

"Si se hubiera hecho aquella diagnosis de la "vida como estar en la creencia", habríamos visto que en ella no existe la **idea** de Verdad" (17).

O, si se quiere, por serle su estado de creencias tan evidente, por estar tan engarzado, sin resquicios, por serles tan "real", es que en él "no existe la idea de Verdad". La "verdad" es una idea a la que el hombre arriba, que puede plantearse sólo cuando la creencia falla. Cuando se produce un fallo en la realidad, o, desde otro ángulo, cuando pueda producirse un **contacto** entre diversas creencias; lo que el meditador del Escorial llama un **choque eficaz**: choque que no tiene por qué producirse en forma inevitable ya que perfectamente puede una ser "impermeable" a la otra. Ahora bien, lo importante para ver claro en esto sería "explicar" ... "en qué coyuntura precisa tiene que estar ya, por sí, una "vida como creencia" para que tenga con otras creencias lo que llamo encuentro eficaz". Ortega ha descrito, en parte, este proceso al plantear el problema del origen del filosofar, y en un artículo preciso sobre el asunto, recogido en las obras completas.

Este encuentro supone la capacidad de **imaginarse** la otra creencia como tal, por lo tanto, de **sustraerse** —¿hacia sí mismo?— de la propia, (no totalmente, es claro), y plantearse las, ahí delante, ambas como posibles **al mismo tiempo**. Y pendular de la una a la otra, con la desesperación del que no sabe a cuál asentir ... (Duda).

"Sólo cuando el hombre cae en la cuenta de que frente a las propias creencias existen otras, que una vez advertidas le parecen a él mismo poco más o menos tan dignas de crédito como las suyas, es cuando en el hombre surge una **nueva necesidad**: la de poder discernir cual entre los dos convolutos de creencias es el que **últimamente** merece ser creído. Esa necesidad, ese haber menester o menesterosidad de decidir entre dos creencias, es lo que llamamos "verdad" (18).

(17) O. C. VIII, 286.

(18) O. C. VIII, 288.

Por de pronto, hemos ganado un acceso a una dimensión de la noción que nos preocupaba y he aquí que este acceso nos remite más allá del mero **corpus** intelectual o lógico al nivel del estrato básico de nuestra vida y que **la verdad surge en una situación dramática**: el hombre tratando de **sostenerse** en la existencia.

Ahora bien, esta es una de las dimensiones de este drama: la otra viene empujada por la pretensión "lógica" que surge de la situación descrita al chocar con el **quehacer** humano. Adelantemos algo más en nuestra descripción del hecho "vida humana" para atisbar ese otro aspecto del problema.

5.—LA SERIE DE LAS EXPERIENCIAS. LA HISTORIA.

El quehacer humano, decíamos, no es un quehacer "en el aire", es un ir **haciendo** cosas; realizando comportamientos, un irse haciendo con ellos a **sí mismo**. Realizados los actos, hechas las decisiones, no van quedando atrás marginados de la nueva situación, si no que, curiosamente: realizados: bien o mal, con entusiasmo o indiferencia, no se pierden, **están ahí**. ¿Dónde?: **en mí**. Al ingerir futuro —las acciones posibles— por así decirlo, éste se va decantando en lo inevitable —lo ya hecho— que permanece en mí: que **soy** yo.

"Hé aquí una nueva dimensión de esa extraña realidad que es la vida. Ante nosotros están las diversas posibilidades de ser, pero a nuestra espalda está lo que hemos sido" (19).

Pero ésto, "lo que hemos sido", nos reenvía continuamente al futuro, no podemos **permanecer** sin más en él, **recaer** en el pasado es una ilusión. Al ser lo-que-se-ha-sido se es en "la forma de haberlo sido". Pero "haber sido algo" —agrega Ortega— es la fuerza que más automáticamente impide serlo. El pasado se va acumulando en la llamada "experiencia de la vida": "la vida es constitutivamente experiencia de la vida".

"De donde resulta que el ser del hombre es irreversible, está ontológicamente forzado a avanzar siempre sobre sí mismo, no porque tal instante del tiempo no puede volver, sino al revés: el tiempo no vuelve porque el hombre no puede volver a ser lo que ha sido" (20).

(19) O.C. VI, 37

(20) O.C. VI, 37.

La experiencia se acumula y se trasmite, el pasado de **este** hombre, es el pasado de **el** hombre. La "experiencia de la vida" se amplía y lo es más literalmente. Puede decantarse y solidificarse en usos y creencias sociales. El llamado "camino" de la vida puede, pues, en la metáfora del maestro español, "transformarse en equipaje" al irse enrollando en el dorso del caminante. No podemos desligarnos del pasado y pensar que es lo que pasó, o, lo que le pasó a los otros: está ahí en nosotros. Como tampoco podemos desligarnos del futuro: ambos son en el presente. **La vida es presencia.** Lo que **hay** es actual: "si, pues, hay pasado, lo habrá como presente y actuando ahora en nosotros".

La presencia, sin embargo, es pura movilidad: el hombre se va haciendo. No es un **ser**(sido) sino un **siendo**. El pasado es lo **sido**, en ese sentido el pasado "es" —en el sentido tradicional eleático de ser—. Es el momento de identidad, "lo que tiene de cosa". Pero si el "ser" del hombre consiste, justo, en ser lo-que-no-ha-sido no podemos aplicarle la categoría eleática. Y aún convendría prescindir del "siendo", que viene a ser lo mismo, y reemplazarlo por el sencillo **vivir**. No digamos, pues —recomienda **Ortega**— que el hombre **es**, sino que **vive**.

"El hombre "va siendo" y "des-siendo" —viviendo, va acumulando ser— el pasado: se va haciendo un ser en la serie dialéctica de sus experiencias" (21).

"En suma, que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia" (22).

Al asumir la historicidad del hombre se plantean enormes dificultades de comprensión. Ortega trató de salvarlas planteando la dialéctica de la razón histórica sobre la base de la **serie de las experiencias vitales**. Aquí se oculta la otra dimensión dramática de la verdad:

"La verdad, al reflejar adecuadamente lo que las cosas son" (y ese es el sentido tradicional del término, E.M.) "se obliga a ser una e invariable. Mas la vida humana, en su multiforme desarrollo, es decir, en la historia, ha cambiado constantemente de opinión, consagrando como "verdad" la que adoptaba en cada caso. ¿Cómo compaginar lo uno con lo otro? ¿Cómo avecindar la verdad, que es una e invariable, dentro de la vitalidad humana, que es por esencia mudadiza y varía de individuo a individuo, de raza, a raza, de edad a edad?" (23).

(21) O.C. VI, 41.

Esta noción nos remite aparentemente a Husserl (*Ideas, Fen. de la Conc. del tiempo*), del que la toma Sartre. Pero en Ortega tiene un sentido más radical.

(22) O.C. VI, 41.

(23) O.C. III, 157

6.—Yo soy yo y mi circunstancia.

INMEDIATEZ, PRESENCIA Y PLENITUD.

Hémos aquí con nuestro tema planteado, o mejor, **surgido** un poco forzadamente, pero obligándonos a llevar ciertos hilos del razonamiento hasta una más adecuada resolución. Refirámonos brevemente a uno de ellos.

Decíamos respecto de la realidad radical que ésta lo era porque las otras **tenían que aparecer** en ella, o que "en este acontecimiento **vida** le es dado a **cada cual** como presencia, anuncio o síntoma toda otra realidad, incluso la que pretende trascenderla". Y en las líneas que preceden a éstas quedaba planteada —desde la dimensión **temporal**— la vida como **creencia**.

Estos textos están sacados de diversos trabajos de **Ortega**. Pero incluso podríamos prescindir de ellos e ir a **las Meditaciones del Quijote** del año 13 (publicado el 14), y luego a cualquiera de los inéditos: su primer trabajo filosófico y los últimos... Es admirable cómo desde los más diversos temas encontramos siempre reiterado lo esencial que amarra fuertemente la totalidad de su obra dándole una gran unidad de sentido.

Ortega llamará en esos primeros escritos a esa presencia: la **circunstancia**. Es lo más próximo: "vida individual, lo inmediato, la circunstancia, son diversos nombres para una misma cosa" decía nuestro filósofo el año 13. Y en otro texto escrito los años treinta, publicado en los inéditos:

"Me encontré, pues, desde luego, con esta doble averiguación fundamental; que la vida personal es la realidad radical y que la vida es circunstancia. Cada cual existe náufrago en su circunstancia. En ella tiene, quiera o no, que bracear para sostenerse a flote" (24).

Tenemos el hombre **arrojado** a la vida como un náufrago y nuevamente reiterado el tener que hacer algo para sostenerse en la existencia: temas ambos que lo emparentan a la llamada filosofía de la existencia o, como él dice, a todos aquellos que parten de la realidad viviente humana, entre los que se encuentra naturalmente él mismo.

Nos interesan las implicaciones y consecuencias gnoseológicas. Recordemos de paso que este pensamiento en su primera estructuración se formula en lucha con las corrientes vigentes a comienzos de siglo, sobre todo el neokantismo de **Cohen** y **Natorp**, y las corrientes psicológicas e idealistas. También sufre el im-

pacto de la fenomenología —Las **Investigaciones Lógicas**, de comienzos de siglo, las **Ideas** del año 13— pero, respecto de las relaciones con **Husserl**, tendremos que decir algo más detallado más adelante porque son complejas e interesantes. **Ortega** procuró en algunos escritos hacer el balance de sus relaciones con la fenomenología. Es posible que ese balance no esté definitivamente cerrado y que haya que echar nuevas "vistas" sobre él, como sobre las relaciones con **Heidegger**, no porque creamos que "las cuentas no están claras" sino que, justamente, siendo fieles al radicalismo y perspectivismo del maestro, esas "vistas" nos son reclamadas por el objeto mismo. Necesitamos tomar distancia para que sus diversos lados y sus "raíces" vayan develándose, haciéndose presentes.

Ese, por de pronto, es un reclamo de la circunstancia, de **nuestra** circunstancia, de "las cosas" presenciadas.

"**Hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud.** Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla para que logre esa su plenitud" (25).

Ahora bien, ese afán se confunde con el hombre mismo como veíamos más arriba. Es por ello que

"el hombre rinde el máximo de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias. Por ellas comunica con el universo".

"¡La circunstancia! ¡**Circum-stantia**! ¡Las cosas mudas que están en nuestro próximo alrededor!" (26).

El primer llamamiento filosófico del meditador español será pues uno de amor **intelectualis**, de herencia platónica, salvar las circunstancias y al través de ellas, al que **es** la circunstancia, o sea, al hombre.

La cultura con todas sus instituciones parece algo externo, eterno, lejano. Sin embargo,

"debiéramos considerar que así la vida social como las demás formas de la cultura, **se nos dan bajo la especie de vida individual, de lo inmediato.** Lo que hoy recibimos ya ornado con sublimes aureolas, tuvo a su tiempo que estrecharse y encogerse para pasar por el corazón de un hombre" (27).

(25) O.C. I, 311.
 (26) O.C. I, 319.
 (27) O.C. I, 321.

Estas mudas cosas en derredor —circunstancia— nos parecen casuales e inconexas frente a aquellas otras hieratizadas, solidificadas: estratos culturales, también "porciones" de la vida, pero que, por de pronto, parecen oponérsenos y tienden a oprimirnos, a "sofocarnos". El hombre no se reconoce en sus obras. Su espíritu se ha cosificado. Pero ese es un proceso con signo inverso en su origen, justamente lo característico de ese **quehacer** obligado del hombre, en tanto hombre **arrojado** en una circunstancia, es dotar de espíritu lo presenciado, si se quiere, de sentido, de ser. Así, pues, debemos completar la sentencia ortegiana a que hacíamos alusión más arriba, según las mismas palabras del filósofo "vida individual, lo inmediato, la circunstancia, son diversos nombres para una misma cosa" **decíamos, y ahora**, esta cosa o aquellas, quedan calificadas como:

"porciones de la vida de que no se ha extraído todavía el espíritu que encierran, su logos. Y como espíritu, **logos**, no son más que "sentido", conexión, unidad, todo lo individual, inmediato y circunstante, parece casual y falta de significación",

frente a los objetos de la "cultura", los que

"forman como una zona de vida ideal y abstracta, flotando sobre nuestras existencias personales, siempre azarosas y problemáticas" (28).

Por lo mismo,

"**cuanto es hoy reconocido como verdad**, como belleza ejemplar, como altamente valioso, nació un día en la entraña espiritual de un individuo, confundido con sus caprichos y humores. Es preciso que no hieraticemos la cultura adquirida, preocupándonos más de repetirla que de aumentarla. El acto específicamente cultural es el creador, aquel en que extraemos el **logos** de algo que todavía era insignificante (ilógico). La cultura adquirida sólo tiene valor como instrumento y arma de nuevas conquistas. Por esto, en comparación con lo inmediato, con nuestra vida espontánea, todo lo que hemos aprendido parece abstracto, genérico, esquemático. No sólo lo parece: lo es. **El martillo es la abstracción de cada uno de sus martillazos**" (29).

(28) O.C. I, 320-1.

(29) O.C. I, 321.

Nuestra "salida natural al universo" es, pues, nuestra circunstancia, y este "nuestra" no es casual, es un preciso **nuestro**:

"este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo".

"...Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo. **Benefac loco illi quo natus est**, leemos en la Biblia" (30).

Ahora bien, esta expresión "salida natural a" expresa justamente el carácter de perspectiva que tiene esa situación: yo y mi circunstancia. Siempre estoy obteniendo una perspectiva del universo, es la situación del hombre concreto y temporal. "Dios" puede, claro, tener toda la realidad ahí delante, pero el hombre sólo puede tener acceso a una parte de ésta. Aunque siempre podemos "hacer" de nuestra perspectiva o "parte" la parte, asumir el punto de vista del **todo**, inflacionando nuestra perspectiva. Mas,

"Este idealismo (...) debe ser raído de nuestra conciencia. No existen más que partes en realidad; el todo es la abstracción de las partes y necesita de ellas".

"En suma: la reabsorción de la circunstancia es el destino **concreto** del hombre" (31).

7.—URGENCIA. EL "TIEMPO" CONTADO.

En los textos anteriores se ha hecho buena la sentencia "la vida es presencia", traída a cuento examinando la dimensión temporal del hombre y, como hemos visto, es también aplicable a lo que podríamos llamar la "espacialidad". El "hombre" es siempre, aquí, el hombre **histórico**, situado, concreto. Este nuevo nivel nos ha entregado nuevas vistas de nuestro objeto; por ejemplo:

a) El hombre arrojado a una circunstancia braceando por darle sentido, otorgando **logos** a lo **i-lógico**. Empleado en un afán de verificación, destacando los planos de lo real, presenciándolos, tratando de saber **a qué** atenerse, afirmando el momento de **seguridad** frente a lo inseguro, azaroso de su existencia; y, por otra parte:

b) El sentido de la **urgencia**. El quehacer humano es un quehacer **actual** necesito saber **a qué** atenerme **ahora: mi vida**

(30) O.C. I, 322.

(31) O.C. I, 321-2.

necesita saber a qué atenerse y ese requerimiento actúa en mí de tal modo que no puedo desatenderlo, dejándolo para un vago futuro: de alguna manera estoy resolviéndolo **siempre**. Justamente, de esta eliminación de las **calendas**, hizo **Ortega** la base de su pensamiento, siendo nuevamente muy consecuente con su intención originaria:

"Todo mi pensamiento filosófico ha emanado de esta idea de las calendas griegas. Ahí está en simiente toda mi idea de la vida como realidad radical y del conocimiento como función interna a nuestra vida y no independiente o utópica..." "Yo pensaba que era preciso elaborar una filosofía partiendo, como de su principio formal, de excluir las calendas griegas. Porque la vida es lo contrario que estas calendas. **La vida es prisa y necesita con urgencia saber a qué atenerse y es preciso hacer de ésta urgencia el método de la verdad.** El progresismo que colocaba la verdad en un vago mañana ha sido el opio entontecedor de la humanidad. Verdad es lo que ahora es verdad, y no lo que se va a descubrir en un futuro indeterminado" (32).

La noción de circunstancia se "completa" con la de perspectiva, adquiere en ésta su "natural" sentido. El punto de vista individual se afirma y dignifica, pero estamos muy lejos del subjetivismo y del relativismo tradicionales: se trata, precisamente, de la **estructura de lo real**. Para ver más claro esto es necesario examinar las relaciones entre **verdad y perspectiva**.

(32) O.C. VI, 32.

Algunos de estos perdigones alcanzan a aquellos que viven de prestado de un pseudo futuro, que alegan, por ejemplo: "Bien, todavía no vemos claro en esto de la moral, pero ya la ciencia nos explicará los actos humanos". Es una curiosa manera de existir a cargo de la posteridad —dice **Ortega**—. En todo caso, podemos agregar nosotros, por más que el hombre haga expresa renuncia del logro de ciertas "verdades" y deje constancia impresa de ella, el estrato de sus "convicciones" más íntimas siempre llena el hueco que aparenta dejar. Al no tomar posición, toma posición. Al no comprometerse, se compromete; está desde que se encuentra viviendo comprometido —diría **Ortega**—. A este respecto, tenemos un texto importante ("O. Século", Anexo II, **Idea del Teatro**): "Lo que interesa es que el hombre sabe que su vida va a durar sólo un tiempo dado, la cual, por lo tanto, se compone de partes insustituibles, irreparables. Al revés que para aquel ser inmortal, cada día para el hombre es único, es un día de ciertos determinados días que están a su disposición; si lo pierde si no lo aprovecha bien, es una pérdida absoluta. Tiene que aprovecharlo, esto es, **tiene que acertar en lo que cada día hace, y —para acertar tiene que esforzarse, a fin de estar en lo cierto—, lo que es igual, tiene que estar en la verdad.** Y aquí tienen ustedes cómo preocuparse por descubrir la verdad no es una curiosidad de unos señores que se llaman "hombres de ciencia", ni de otros, más importantes aún, que se llaman "intelectuales", sino que es la verdad algo que el hombre, inexorablemente necesita, porque necesita acertar para no perder el poco tiempo que tiene" (VIII, 500).

8.— PERSPECTIVA.

En un trabajo colocado al frontis de **El Espectador**, Ortega enfrenta esta relación. Reitera en él la vinculación de la teoría a la vida.

"Con razón se tachaba de gris la teoría porque no se ocupaba más que de vagos, remotos y esquemáticos problemas. La historia de la ciencia del conocimiento nos muestra que la lógica, oscilando entre el escepticismo y el dogmatismo, ha solido partir siempre de esta errónea creencia: **el punto de vista del individuo es falso**. De aquí emanaban las dos opiniones contrapuestas; es así que no hay más punto de vista que el individual, luego no existe la verdad —escepticismo—; es así que la verdad existe, luego ha de tomarse un punto de vista sobre-individual racionalismo" (33).

Por lo anotado en las páginas precedentes se vé claro que **Ortega** no podía instalarse en las soluciones tradicionales, ya que de una manera explícita o velada, éstas exigen sacrificar al hombre, el punto de vista individual y justo, porque hacen de la realidad una ficción. A este respecto cita a Leibniz:

"Comme une même ville regardée de différents côtés paraît toute autre et est comme multipliée **perspectivement**: il arrive de même que, par la multitude infinie des substances simples —es decir, de conciencias—, il y a comme autant de différents univers, qui ne sont pourtant que les **perspectives** d'un seul selon les différents points de vue de chaque monade" (34).

¿Desde qué otro punto de vista puede mirarse "el mundo en su verdad" sino del individual? Justamente:

"La realidad **precisamente por serlo** y hallarse fuera de nuestras mentes individuales, sólo puede llegar a éstas multiplicándose en mil caras o haces" (35).

(33) O.C. II, 18.

(34) Leibniz, *Monadologie*, 57 (subrayado por Ortega) II, 18/9.

Al final de esta cita Ortega hace una advertencia a pie de página, aquí va: "Como ha de hablarse en estos tomos muy frecuentemente, del **perspectivismo**, me importa advertir que nada tiene de común esta doctrina con lo que bajo el mismo nombre piensa Nietzsche en su obra póstuma "La voluntad de poderío", ni con lo que, siguiéndolo, ha sustentado **Vaihinger** en su libro reciente "La filosofía del como si". Es más: del párrafo transcrito de **Leibniz** apártese cuanto en él hay de referencias a un idealismo monadológico". Abundante carga probatoria a este respecto en J. Marías. "Ortega (Vol. I. Circunstancia y Vocación)". A él me remito.

(35) O.C. II, 19.

¿Se advierte ahora la lejanía de nuestro pensador de las nociones tradicionales de perspectiva?, por un lado; y por otro, que, como lo expresa un comentarista de Ortega: **"La perspectiva no se justifica por estar yo siempre en cierto punto de vista o situación, sino por la condición misma de la realidad"** (36). Ello habría quedado planteado, sin embargo en un escrito varios años anterior al que hemos citado. Recordemos que en la Introducción a las **Meditaciones de El Quijote** nos dice: "¿Cuándo nos abriremos a la convicción de que el **ser definitivo** del mundo no es materia ni es alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva?" Es, pues, la estructura de lo real lo que está en juego: de ella se trata. En tanto se trata de la **verdadera** realidad la perspectiva se impone: no es el caso de lo que podríamos llamar los **corpus** ideales: la lógica, la matemática (en tanto desvinculadas de la vida), en ellos el objeto **no es real**, diversos sujetos **no podrán** mostrar diferencias. El perspectivismo, pues, se impone a ambos términos del conocimiento como tales y los **hace posibles**, en tanto **realidades**.

Estamos muy lejos pues del psicologismo, que nos escamotea la realidad, pero también del realismo, que asume el punto de vista de la Realidad y nos escamotea al hombre concreto, es decir, a la realidad concreta.

"Desde este Escorial, riguroso imperio de la piedra y la geometría donde he asentado mi alma, veo en primer término el curvo brazo ciclópeo que extiende hacia Madrid la sierra del Guadarrama. El hombre de Segovia, desde su tierra roja, divisa la vertiente opuesta. ¿Tendría sentido que disputásemos los dos sobre cuál de ambas visiones es la verdadera? Ambas lo son ciertamente, y ciertamente por ser distintas. Si la sierra materna fuera una ficción, o una abstracción, o una alucinación, podría coincidir la pupila del espectador segoviano y la mía. **Pero la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo. Aquella y éste son correlativos**, y como no se puede inventar la realidad **tampoco puede fingirse el punto de vista**.

En resumen:

- a) "La verdad, lo real, el universo, la vida —como queráis llamarlo—, se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da hacia un individuo. Si éste ha sabido ser fiel a su punto de vista, si ha resistido

a la eterna seducción de cambiar su retina por otra imaginaria, **lo que ve será un aspecto real del mundo.**

- b) "Y vice-versa: **cada hombre tiene una misión de verdad.** Donde está mi pupila no está otra; lo que de la realidad ve mi pupila no lo ve otra. Somos insustituibles, somos necesarios. "Sólo entre todos los hombres llega a ser vivido lo humano", dice **Goethe**. Dentro de la humanidad cada raza, dentro de cada raza cada individuo, es un órgano de percepción distinto de todos los demás y como un tentáculo que llega a trozos de universo para los otros inasequibles.

Y,

- c) "La realidad, pues, se ofrece en perspectivas individuales. Lo que para uno está en último plano, se halla para otro en primer término. El paisaje ordena sus tamaños y sus distancias de acuerdo con nuestra retina, y nuestro corazón reparte los acentos. La perspectiva visual y la intelectual se complican con la perspectiva de la valoración. En vez de disputar, integremos nuestras visiones en generosa colaboración espiritual, y como las riveras independientes se aúnan en la gruesa vena del río, compongamos el torrente de lo real" (37).

No nos hemos resistido a trasladar íntegra esta página de **Ortega** que resume elegantemente su pensamiento respecto a este tema. Con todas estas citas podemos configurar el carácter de la perspectiva; no se trata de un sufrir pasivamente la realidad sino, justo, de una relación **activa**, en la que el sujeto, por así decirlo, recibe y **pone** algo: la visión se complica con la valoración. Y el ver mismo no es un **mero** ver, como analizaremos más adelante. Digamos, por de pronto, que el "ver" es también un "mirar", y por último, el "poner" del hombre es un "desear", tenemos, pues, en todos los estratos el **imaginar**. Todos ellos son ingredientes de la perspectiva.

Este nuevo nivel nos permite concluir con **Julián Marías** que: encontramos que la palabra "realidad" carece de sentido para nosotros fuera de la perspectiva en que se constituye y organiza, en que **es real**. Podemos decir que para **Ortega** la realidad sólo existe como tal perspectivamente, y en ello se funda la posibilidad de su verdad (38).

(37) O.C. II, 19/20

(38) J. Marías, *ibid.*, 404.